

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 416

Barcelona, 24 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

**España**  
se trocaría en  
un pueblo es-  
clavo, en una Abisinia,  
un Marruecos, un Tú-  
nez, atado al carro de  
los totalitarios centro-  
europeos, almáciga de  
soldados forzosos.

## Las hipotecas de Franco

Franco se ha asustado; se ha asustado viendo cómo incluso periódicos de París y Londres que le venían siendo favorables, afirman estos días que su triunfo significará la desaparición de España como pueblo independiente. La verdad se ha ido abriendo camino. La evidencia ha podido más que las campañas mendaces pagadas a peso de oro.

Y el «generalísimo» ha hecho que la Agencia Havas le publique unas declaraciones relativas a sus planes futuros:

«No hipotecaré la integridad y la independencia de España», ha dicho.

Un diario de los más populares de Francia, *La Dépêche*, de Toulouse, ha contestado a esas declaraciones con un suelto muy significativo:

«Supongamos—dice en él—que Franco, el día de mañana y una vez triunfante, quisiera emanciparse del yugo de sus actuales protectores. ¿Cómo podría hacerlo? ¿y cuánto tardarían éstos en hacerlo pedazos?»

*La Dépêche*, de Toulouse, plantea el problema con claridad absoluta. Franco, desde el día en que, no pudiendo vencer con sus recursos militares propios al régimen que había traicionado, se echó en brazos del extranjero, pidiéndole medios y hombres, tuvo que resignarse al papel de cipayo, de instrumento pasivo de dos naciones que buscaban en nuestro país no sólo materias primas, sino posiciones estratégicas. Y si la Repu-

blica fuera vencida, no sería él ni sus amigos políticos los victoriosos. España se trocaría en un pueblo esclavo, en una Abisinia, un Marruecos, un Túnez, atado al carro de los totalitarismos centroeuropeos, almáciga de soldados forzosos. Hitler y Mussolini se repartirían—ya se las reparten—sus riquezas agrícolas y mineras, y organizarían un ejército enorme para lanzarlo sobre Francia, por la frontera pirenaica, y los españoles tendrían que batirse para servir ajenos intereses y satisfacer odios exóticos.

¿Que Franco y los suyos reaccionarían? ¿Y cómo? Les sería imposible. Aunque quisieran hacerlo—y lo dudamos mucho, porque sabemos que son incapaces de arrepentimientos honradamente patrióticos—, no podrían: les faltarían los elementos necesarios. Hitler y Mussolini les reducirían a la impotencia en un abrir y cerrar de ojos. Otro traidor reemplazaría al utilizado y trocado de indispensable, en estorbo engorroso. Cualquiera Queipo, Yagüe, Dávila, Jordana, Varela, sería proclamado *generalísimo*, jefe del Estado, etc. Y cien periódicos cantarían sus glorias. Y su retrato aparecería en cien telones... ¡Es tan fácil improvisar salvadores y gobernantes, cuando no hay libertad y la adulación tiene abiertos todos los caminos!...

Nadie cree a Franco cuando dice que «no hipotecará el porvenir de España». Y es porque todos saben que ese porvenir no le pertenece...

## Una España vencida, supondría una Francia amenazada

Ha llegado el momento de defender con hechos, la libertad y la paz

Como habíamos previsto, la situación internacional se agrava de hora en hora. Lógica, inexorablemente, la política de concesiones al fascismo produce sus frutos amargos: por haber tolerado la agresión contra Etiopía, se produjo la agresión contra España; por haber tolerado la agresión contra España, ocurrió la agresión contra China; por haber tolerado la agresión contra China, se ha hecho posible la agresión contra Austria; por último, como esta ocupación no ha provocado más que protestas platonicas, ya se organiza la campaña de amenazas contra Checoslovaquia, mientras alemanes e italianos intentan un asalto decisivo a la República española.

Ciertamente, debemos estar en guardia contra las noticias, lanzadas por los agentes fascistas, que dan por perdidos a los republicanos. Pero es perfectamente exacto que, a pesar de su heroísmo, han tenido que retroceder ante los cañones y los aviones enviados en abundancia por Hitler y Mussolini. Es perfectamente exacto que, si Francia no presta, sin pérdida de tiempo, ayuda eficaz a España, podemos temer lo peor.

Lo peor es la ocupación germanoitaliana de las Baleares y de la Península, la atroz matanza

de nuestros hermanos de España, un «plebiscito» análogo al que se prepara en Austria y el cerco de Francia.

—Hemos de tolerar esto? ¿Hemos de sufrir que, so pretexto de una pretendida «no intervención», que, más que nunca, es una intervención brutal contra España, sucumba un pueblo libre, vecino nuestro, falto de armas?

—Sí—contestan a l g u n o s—, pues si Francia socorriese a España, Hitler nos haría probablemente la guerra. Y la guerra es el peor de los males. Por lo tanto, más vale dejar que aplasten a España.

Por mi parte, repudio—y lo digo en alta voz—este falso pacifismo, que no es más que un cobarde consentimiento de la guerra y que entrega fríamente a una muerte atroz a nuestros hermanos republicanos de España.

Pero los que nos proponen comprar la paz de nuestro país con la sangre de los niños de Madrid y de Barcelona, ¿hacen, al menos, un cálculo justo? En otros términos, ¿es cierto que, sacrificando a España, salvaríamos a Francia?

No, y cien veces no. Por todos sus medios, la propaganda hitleriana trata de hacérselo

creer a nuestra opinión pública. Pero lo que hay que gritar al país, porque es la verdad cierta, es que una capitulación francesa en el problema de España, lejos de apartar de nosotros la guerra, la haría inevitable y próxima.

Hay que mirar la realidad cara a cara. Hitler—hay que hacerle justicia—no nos ha ocultado que Francia, «ya sea de derechas o de izquierdas, reaccionaria o jacobina», es, a sus ojos, el enemigo número uno, al cual hay que hundir a toda costa. No nos ha ocultado tampoco que, para herirnos de una manera cierta, necesita aislarnos y cercarnos previamente. Estaríamos ciegos, si no viésemos que este plan formado contra nosotros, está en vías de realizarse punto por punto.

Hitler ha comenzado a aislarnos actuando contra nosotros, a fuerza de millones, en Polonia, en Rumania y en Yugoslavia. Continúa su tentativa amenazando a Checoslovaquia y haciendo que sus agentes emprendan en Francia una campaña de gran estilo contra el pacto francosoviético. La ocupación fascista de España sería la coronación lógica de esta labor: si dejamos que se lleve a cabo, se habrán logrado todas las condiciones deseadas por Hitler para un ataque con-

## El profesor Einstein y los intelectuales norteamericanos se adhieren a la causa del pueblo español

Nuestro embajador en Washington ha recibido un telegrama, que encabeza el ilustre profesor Albert Einstein y suscritos por numerosos intelectuales norteamericanos, concebido en los siguientes términos:

«En la situación crítica presente, testimoniamos al pueblo español nuestra completa simpatía en su lucha contra el fascismo alemán e italiano. Hemos enviado un telegrama al diputado O'Connell, apoyando su enmienda a la Ley de neutralidad y a la paz del mundo.»

(«El Diluvio». Barcelona, 23-III-1938.)

tra Francia: Francia sería atacada.

—Se dirá que podemos prevenir este ataque haciendo concesiones? Evidentemente: siempre podemos llegar a Berchtesgaden. Pero rodeos de este género no llevan muy lejos. A la luz brutal de los sucesos de Austria y España, el juego de Hitler está claro: espera llevar hasta el fin, bajo el disfraz del anticomunismo, la gran cruzada contra los «rojos»; es decir, contra las democracias. Una vez que destruyese el Frente Popular de España, querría destruirlo en Francia.

¿Es esto una hipótesis? No. Durante la última crisis, los agentes franceses del «führer» se atrevieron a decirnos que no tenían ya derecho a formar el Gobierno deseado por el pueblo de Francia, porque Hitler no lo admitiría. Es decir, que si quisiésemos desarmar a los «nazis» por medio de concesiones, no se trataría de entendernos con él sobre la distribución de materias primas o de mandatos coloniales: habríamos de aceptar que la lista de nuestros ministros fuese en lo sucesivo sometida a Berlín y que nuestra política interior estuviese dirigida por el «führer». Del mismo modo que los desgraciados austriacos tienen que soportar el ser gobernados por los agentes de los «nazis», tendríamos nosotros que soportar que un Seiss-Inquart cualquiera reinase sobre nosotros—ya hay algunos candidatos dispuestos—y que llamase al Poder a los hombres del C. R. A. S. y del C. S. A. R.; y, mientras tanto, sobre los republicanos, caería una represión feroz, se derrumbaría toda la obra de la Revolución Francesa, todas nuestras libertades, todas nuestras esperanzas, todo el ideal que encarna ante el mundo el nombre de nuestro país. ¡No más «derechos del Hombre»! ¡No más «democracia»! ¡No más «progreso social»! ¡No más «Francia»!

—Hay algún republicano, uno tan sólo, que pueda aceptar esto? No. No hago a ninguno de los nuestros la injuria de preguntárselo. Sé que hay un puñado

de traidores que, con ametralladoras y bombas alemanas, están dispuestos a colaborar al aplastamiento de su país. Pero, aparte de estos agentes de Hitler, todos los demócratas, todos los hombres libres se alzarían como un solo hombre—como se han alzado nuestros hermanos de España—para defender la libertad y para defender a Francia.

Pero, verdaderamente, ¿hay que esperar con pasividad a que se nos reduzca a este extremo? ¿Hay que esperar, para pensar en nuestra defensa, a que Francia esté aislada, cercada, con sus comunicaciones con el África del Norte cortadas? En otras palabras, ¿debemos dejar que se nos arrinconen hasta la guerra?

Por mi parte, contesto, como lo he hecho desde el primer día: que nuestros hermanos de España, al luchar por sí mismos, luchan también por nosotros, que al defender su independencia, defienden también la nuestra, que hacen de su cuerpo una muralla ante la guerra que nos amenaza. Yo, con la C. G. T., con la Liga de los Derechos del Hombre, con el Congreso Socialista de Marsella, con los comunistas, con Herriot, con Daladier, pido que Francia, en nombre de su propia seguridad, en nombre de la paz que debe y puede salvarse, acuda inmediata y resueltamente en socorro de la República española.

«¡Eso será la guerra!», claman los agentes franceses del «führer». No; no será la guerra. Por el contrario, sería la paz afianzada, pues si mostramos, al fin, firmeza contra el belicismo, los amigos de la paz adquirirán nuevo valor, y el belicismo retrocederá; pero si, por el contrario, con la excusa de salvar la paz, nos dejamos cercar, abriremos de par en par las puertas a la catástrofe, y la ruina de España anunciará nuestra propia caída.

Después de esto, que nos traten de belicistas los «ex nacionales», los almacenistas de bombas alemanas, los servidores del «führer». El país no creerá fácilmente que los comerciantes de cañones y los comerciantes de

(Continúa en la pág. siguiente.)



odio se hayan hecho de pronto amigos de la paz, y que nosotros, los republicanos, nos hemos trocado bruscamente en entusiastas de la guerra. Para hacer tragar tal mentira al pueblo de nuestras ciudades y de nuestros campos, los agentes franceses de Berlín necesitarían más

millones de los que los «nazis» pueden darles. La paz, la verdadera paz, la que se funda en el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, en el respeto del Derecho, en la seguridad colectiva, somos nosotros quienes la defendemos, y nosotros también quienes la salvaremos.

En cuanto a los «esaristas», «crasistas» y otros traidores, no discutimos con ellos: pedimos que se les detenga y que se les ponga fuera de combate.

Albert BAYET

(«La Lumière», 18 de marzo de 1938.)

## Carta abierta de un sacerdote de Barcelona

A los Eminentísimos Cardenales Eugenio Pacelli, secretario de Estado de S. S.; Federico Tedeschini, datario de S. S.; Jenaro Granito Pignatelli di Belmonte, decano del Sacro Colegio Apostólico; Manuel Cerrejera, patriarca arzobispo de Lisboa; Francisco A. Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona; Carlos Y. Schulte, arzobispo de Colonia; Jorge G. Mundelein, arzobispo de Chicago; José E. von Roey, arzobispo de Malinas; Juan Verdier, arzobispo de París:

No es menester que declare largamente que la Silla Apostólica, y principalmente el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra, así como es puesto para señal, al que muchos en exceso hacen contradicción, así también mayormente ahora es luz del mundo y sol de la tierra. Pues vemos a los pueblos, casi todos, aunque llevados por muy diversos movimientos de opiniones y partidos, y que no habiendo ciertamente logrado de otras maneras la salud pública, por último se vuelven más fácilmente que antes al Sumo Pontífice: de él esperan la luz del cuerdo sentir, de él la norma del bien obrar.

Por muchísimas relaciones de los periódicos, entendemos que los múltiples cuidados de los diplomáticos han resultado, finalmente, inútiles del todo para volver a conservar la paz, principalmente de Europa. Por cierto, la tranquilidad de Europa, y aun de todo el mundo, está a merced mayormente, de dos peligros; es a saber: o de la pugna contra el comunismo ateo, o de la lucha desatada contra el mismo comunismo. Cuán grande riesgo pueda recibir así el orden social, como la vida religiosa, de parte del comunismo ateo, el Papa Pío XI, siguiendo copiosamente a sus predecesores, muéstralo por menudo en las Letr. encicl. *Divini Redemptoris* 19-III-1937; y cuán grave peligro pueda recibir de parte de la contienda contra el comunismo, lo patentiza, respecto de los alemanes, en las Letr. encicl. *Mit brennender Sorge*, 14-III-1937, y en cuanto se refiere a todos los fieles y pastores en las Letr. encicl. *Ingravescentibus malis*, 29-III-1938, en donde, aprovechando la oportunidad, el Sumo Pontífice insinúa que muchos que se glorían del nombre de «cristiano», menospreciada la luz de la sabiduría evangélica, a causa de los engaños anticomunistas, van errados enteramente.

Por lo cual, todos los hombres de bien, no sólo aquellos que obedecen rigurosamente a la Iglesia católica, sino también algunas de las sectas disidentes de ella, han puesto grandísima expectación en el Sumo Pastor y Maestro de la Virtud y de la Bondad, y están, con gran deseo, dispuestos a oír atentamente su voz.

Mas, para que el Sumo Vicario de Cristo pueda satisfacer a tan grande expectación de sí, no ignora que está trabado por muchísimos impedimentos, no solamente políticos, sino también eclesiásticos. Por cuya causa, para que el silencio no pueda convertirse alguna vez en vituperio y justo baldón de la Silla Apostólica, creía que fuera cosa no ingrata al Papa Pío XI y al nombre «cristiano» sobremanera útil, si, por medio de tres comisiones que se formasen—es a saber: recogiendo de todas partes adhesiones de los diversos grupos de mujeres, de las varias clases de hom-

bres, de los distintos colegios de eclesiásticos—procurásemos hacer llegar al Sumo Pontífice letras suplicatorias, con las cuales el Maestro Supremo de la Fe y Costumbres, de propósito y con todo el aparato de doctrina, enseñase, copiosa y muy abiertamente, aquello mismo que acerca de la lucha anticomunista tocó ligeramente en las Letr. encicl. *Ingravescentibus malis*, 29-III-1938.

Mayormente, que escribo estas cosas, conmovido por el horror con que las frecuentísimas acometidas de los aviones y su increíble y de todas maneras inhumana crueldad afligen, cada uno de estos días, por períodos de tres horas, a toda Cataluña y Valencia, y principalmente a la ciudad de Barcelona, según que lo han reseñado muy abundantemente los periódicos públicos. Por cierto, de esta manera la Iglesia católica tal vez consiguiera para sí la gloria de que ella en gran parte había cortado la guerra, que amenazaba a Europa, amonestando a tiempo, de su obligación cristiana, a todos los católicos y primeramente a los sacerdotes y pastores de Iglesias.

Bien veo que pido una cosa algo

difícil, puesto que es harto manifiesto que muchos e insignes católicos y eclesiásticos condescienden más de lo justo con las pretensiones y doctrinas de los fascistas; de donde ha de seguirse necesariamente un gravísimo peligro para la Iglesia católica, no solamente en Italia y Portugal, sino también en Francia, Bélgica, Austria, Checoslovaquia, Hungría y América central y meridional; sobre todo, si no digo la misma Iglesia, sino ciertamente sus ministros y prelados, prestan demasiado abiertamente su favor a los ricos y poderosos y, en cambio o desdeñan o, por lo menos, descuidan al pueblo humilde y a la multitud obrera.

Pero principalmente os ruego y suplico que volváis vuestros pensamientos y recuerdos a las muertes de millares de niños, mujeres, ancianos y jóvenes, hechas por la mortífera aviación enemiga en las ciudades libres y abiertas de Cataluña y Valencia, distantes lejos del mismo frente, contra todo Derecho natural y de gentes; mayormente que el Gobierno legítimo de la República, después de haberse espontáneamente comprome-

tido a ello, se abstiene de tan indecible maldad.

Haced, pues, para fomento del nombre «cristiano» y para honor de la sagrada púrpura, que cesen ya, finalmente, semejantes crímenes, los cuales blasfema y sacrilegamente se pregonan que son hechos con la ayuda de los moros, de los italianos y de los alemanes, con quienes los católicos españoles han trabado amigable alianza para velar por la civilización humana y para defender la fe católica.

En verdad, infieren horrendo baldón al amor a Jesucristo aquellos pontífices y católicos que no se avergüenzan de que un tal exterminio se lleve a cabo por causa de Jesucristo, príncipe de la paz, y de la Iglesia católica, factora de la paz.

Tal intervención de la Silla Apostólica en semejante negocio, podría señalar una moralidad de orden internacional, que en lo futuro salvaría muchas vidas.

Esto era lo que, con cristiana libertad y reverencia sacerdotal de una parte y de otra para promover la gloria del nombre de Cristo y de la Iglesia católica, y para dignidad de la Silla Apostólica y del Pontificado Romano, tenía que proponer a Vuestras Eminencias. Yo ciertamente he cumplido con mi deber y con mi conciencia. Resta que a mí mismo y principalmente a la Iglesia española encomiende a los santos sacrificios y oraciones de Vuestras Eminencias Reverendísimas.

Juan VILAR

(Sacerdote)

Barcelona, 19 marzo de 1938. (Fiesta de San José, patrono de la Iglesia Universal.)

### Dictaduras de bronce

## La «España imperial» a través del pasado

(Continuación)

### IV. — LA VERDADERA ANTIESPAÑA

Por otra parte, cuando advino la República, ya había sido vergonzosamente saqueada la «soberanía nacional». Durante el último medio siglo de régimen monárquico, las fuerzas anónimas del dinero, sostenedoras del llamado «trono de San Fernando», convirtieron el solar hispano en un país en liquidación.

Nadie ignora que la primera guerra carlista empezó en 1833 y terminó en 1839 — seis años de lucha contra la dictadura de bronce—; que la segunda estalló en 1872 y concluyó en 1876 — cuatro años de guerra contra la Iglesia y la aristocracia—; que los gobiernos de la Regencia condujeron a los desastres de Cavite y Santiago de Cuba — más de 200.000 hombres sacrificados en loor de plutócratas, frailes y obispos—, y que los delirios imperialistas del Borbón tuvieron por epílogo el Barranco del Lobo y el desastre de Annual, con una pérdida de unos 5.000 millones de pesetas.

Lo cierto es que los amos de España, aparte de la reseñada actuación antiespañola, habían aprovechado el tiempo, vendiendo al extranjero la parte más rica del suelo hispano.

Las concesiones mineras a nombre de sociedades extranjeras ascendían, en 1930, a 1.801, con una superficie de 297.473 hectáreas.

### V. — EL «TRUCO» ESCENOGRAFICO DEL BOLCHEVISMO

Se puede añadir que España era el país clásico de la plutocra-

cia. Ahí están, para probarlo, las 50.000 mansiones señoriales repartidas por todo el ámbito de la Península, y la existencia del caciquismo, del abogadismo, y de tantos Dreyfus y Staviskys de menor cuantía.

En 1911, ganaron los plutócratas hispanos 543.427.576 pesetas. En 1920, sus beneficios ascendieron, según el Anuario financiero Riu, a la suma de 1.444.908.613 pesetas; o sea un aumento de 901.481.037 pesetas.

Sin embargo, por aquel tiempo fué cuando los conflictos económicos adquirieron su máxima virulencia.

He aquí un resumen del movimiento huelguístico durante el año 1917: enero, 27 huelgas; febrero, 23; abril 36 (más de una por día); mayo, 68 (más de dos diarias); junio, 86 (menos de tres por día); julio, 48; agosto, 58; septiembre, 59; octubre, 39; noviembre, 56; y diciembre, 87.

Causas: aumento de salarios, incumplimiento del contrato de trabajo y levantamiento de multas.

Posteriormente, en 1923, cayeron bajo las balas de los pistoleiros 728 víctimas y se perdieron 7.000.000 de jornadas de trabajo.

La conclusión era evidente: el obrerismo español no era revolucionario; no quería beber «champagne» ni comer ostras; quería únicamente salir de la condición de paria. Esta era la clase del bolchevismo español.

### VI. — NEOFILANTROPISMO DE LOS IMPERIALISTAS

Sin embargo, los imperialistas aparecían como muy humanos. La filantropía de nueva escuela de los amos de España estaba sintetizada en volcar sobre las ventanillas de los bancos, millones

de pesetas para vivir del papelenta. Sólo en el primer semestre de 1925, se cubrieron emisiones por más de mil millones de pesetas.

Precisamente, lo que hacía más sensible la pobreza española, era ese brusco contraste entre pobres y ricos. En Madrid, por ejemplo, había 300 personas, cada una de las cuales percibía una renta anual de 150.000 pesetas, y al lado de esos «cresos» había un 70 por 100 de habitantes con sueldos inferiores a 3.000 pesetas.

Pero todavía daban un carácter más tétrico al neofilantropismo de los imperialistas los siguientes datos:

**Nacidos muertos en 1908:** Hijos legítimos, 43.419. Causa general: mala alimentación de la madre durante el embarazo.

**Hijos ilegítimos, 4.757.** Causa general: principios clericales y corrupción de la clase adinerada.

**Muertos de 20 a 24 años:** De tuberculosis pulmonar, 27.504. Otras tuberculosis, 6.518. Causa general y básica: la miseria.

**Mortalidad infantil:** Menores de 2 años, 66.165. De 2 a 4 años, 10.840.

En general, por debilidad congénita murieron en 1920, unos 17.302 españoles.

Las familias campesinas eran las que peor se alimentaban. Recuérdese que en España se pagaban jornales de 1 y 2 pesetas.

De suerte que el trabajo, en vez de asegurar al obrero y a su familia una posición permanente, le conducía, tarde o temprano, al pauperismo y a la muerte.

¿Habrá todavía quienes, al conocer estos datos, se encojan de hombros y digan con ademán hipócrita que el obrerismo español se ha vendido a La Internacional de Moscú?

### VII. — EL TROGLODITISMO

Al tocar el punto anterior, se nos ofrece el aspecto sanitario e higiénico de la casa.

Es imposible imaginarse nada más miserable que la vivienda de un obrero español. Más de un 60 por 100 de los campesinos se albergaban en chozas de barro, en las cuales vivía toda la familia, mezclada con los animales.

Pero el aspecto más trágico, que patentizaba todo un régimen fracasado por la podredumbre y la codicia, era el cultivo del trogloditismo.

El valor atribuido a la propiedad urbana ascendía a 35.700 millones de pesetas y las rentas sobrepasaban del millar de millones. Sin embargo, todos esos millones no bastaban para saciar la voracidad de los dictadores de bronce.

Hagamos, pues, un ligero examen de las «casas baratas» para obreros, contruídas en las entrañas de la tierra.

Baza (Granada) posee una riquísima vega — el Haya, de Baza — que está en manos de cuatro o cinco grandes terratenientes. Tiene dos barrios trogloditas — Cuevas del Angel y Cuevas de los Gorfios—, donde habitan 278 y 501 obreros, respectivamente.

Guadix, sede episcopal y población levítica, dominada por frailes, clérigos y latifundistas. Tiene varios millares de cuevas-habitaciones, situadas especialmente en los barrios de Renalgo y Santiago. Se calcula que viven en ellas unas dos quintas partes de la población.

Trujillo (Cáceres) tiene 3.151 albergues, en los que habitan más de 2.000 familias obreras en estado «cuaternario». Es feudo de las ex marquesas de la Conquista — dama al servicio de la Battemberg — y de San Carlos, africanista furiosa, tan furiosa que en su maleta trajo a Madrid la cabeza decapitada de un moro.

Singular coincidencia. Aquí, en el pueblo de Trujillo, fué donde, en agosto del 37, entraron los moros de Varela, gritando: «No matamos...; no preocuparse...». Y obligaron a los heridos a comerse la corbata roja y a beber aceite lubricante mezclado con sublimado.

El trogloditismo, tal como lo describe Estrabón, lo encontramos: en Granada (Sacro-Monte y cerro de San Cristóbal), en Vélez (Málaga), en Almería, en Vélez Blanco, en Benimámet (Valencia) y en otros muchos pueblos de la Península.

### VIII. — CORRUPCION Y LIBERTINAJE

Vemos, por tanto, que el odio que separa a los españoles tiene otros nombres: codicia y placer, corrupción y libertinaje.

En Barcelona y Madrid existían más de 5.000 rameras. Un examen que se hizo de la vida de quinientas, demostró que 375 se habían entregado al vicio para sostener a sus familias y que 90 se dedicaron a este género de vida para no morir de hambre; las restantes eran huérfanas sin amparo.

De modo que la mayoría de las prostitutas de España lo eran a impulsos de la necesidad y merced al abandono de la sociedad.

### IX. — INTENSIFICACION DE LA MISERIA

No quedan recogidas aquí todas las infracciones de orden humano de la España imperial de Salamanca. Otras muchas que-

(Continúa en la pág. cuarta.)



# SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación.)

Don Pedro añadió bromeando: —Lo van a fusilar mañana.

La broma fué recibida tan fríamente, que don Pedro se azoró, convencido de haber dado un «faux-pas».

En la próxima estación bajó a buscar agua, y me dió su fusil y las esposas para que se las tuviera mientras. Hizo esto abstraídamente, como con prisas; pero yo creo que fué a propósito para reparar su metedura de pata. Trajo tabaco y un paquete de diez céntimos con diez cigarrillos. Los ofreció, y todos cogieron por no desairarme, aunque eran mucho peores que los enrollados.

La familia bajó en Antequera con mucho aparato y muchas historias. La abuela volvió a hacerme la señal de la cruz; el padre, sin hablar, me dió una naranja; la hija volvió a azorarse y a apartar la vista. El tren reanudó su marcha.

Ya era tarde. Nos tumbamos sobre los asientos y nos dormimos.

Unas estaciones más allá, entraron más viajeros; entre ellos, un muchacho joven y un hombre corpulento, con aire de señorito. Empezaron a hablar, y para evitar complicaciones, les expliqué que, aunque no llevaba esposas, era un prisionero. Ante esta declaración, el corpulento personaje se arrinconó lo más lejos posible, como si yo tuviera lepra. El joven, como el campesino, y todos los que iban en el tren, llevaba en el ojal la escarapela nacionalista; me ofreció un cigarro, y al ver que tiritaba y no tenía abrigo, su manto. Me dijo que iba a Sevilla para inscribirse en Falange. Entonces le pregunté por qué le ofrecía su manta a un «enemigo». Se encogió de hombros, guiñando imperceptiblemente. Ignoro si Queipo de Llano quedará satisfecho de este falangista y de algunos miles como él.

No me esposaron de nuevo hasta que llegamos a Sevilla. Era ya muy tarde. Don Pedro y don Luis recorrieron su gravedad «oficial» y entramos, uno tras otro, en la «gendarmaría» de la estación. Allí se discutió largamente lo que había de hacerse conmigo a esas horas. Eran las doce menos cuarto de la noche. Ningún coche oficial estaba disponible y los tranvías no funcionaban. Don Luis sugirió que me llevaba al local de Falange por esa noche. Eso era precisamente lo que yo temía. Le pregunté a don Pedro si no era mejor ir a la cárcel. Sonrió y dijo: «Supongo que no te hace gracia la idea de ir a Falange.» Le contesté que no. Los dos sonrieron y cuchichearon un rato. Por fin, dijo don Pedro que telefonaría al Estado Mayor, ya que allí estaba la autoridad que entendía en mi caso. Le pidieron a un oficial la guía de teléfonos. Contestó que no había; pero que todos los números importantes estaban apuntados en la pared, junto al teléfono. Entramos en la cabina. Los muros estaban cubiertos de números escritos a lápiz: «Cuartel general italiano, número tantos»; «Cuartel de infantería italiana, número tantos»; «Infantería italiana número 2, número tantos»; «Comisariado italiano, número tantos», etc.

Por lo visto, el turismo había aumentado considerablemente en Sevilla desde mi última visita.

Por fin, nuestros esfuerzos reunidos lograron dar con el Estado Mayor de las fuerzas del Sur. D. Luis telefoneó, y media hora después vino un coche a buscarnos.

Atravesamos las calles de Sevilla, pasando por el «Hotel Madrid», donde estuve unos días; por el «Hotel Cristina», donde encontré a Strindberg y a los pilotos alemanes; por el local de Falange, donde vi entrar a los prisioneros ensangrentados, y hacia la familiar residencia del general radiolocator. Fué un lúgubre paseo, más lúgubre que el paseo hasta la cárcel de Málaga, durante el cual creí que me llevaban al cementerio. Don Luis y don Pedro iban silenciosos, y deseaba no separarme de ellos jamás.

Los pasillos del Estado Mayor estaban oscuros y desiertos. Sólo en algunas habitaciones quedaba gente trabajando; fuimos de una en otra, y nadie sabía qué hacer con nosotros. Por fin, acabamos en una oficina,

donde un simpático oficial nos propuso que durmiéramos los tres en el suelo.

Don Luis ya se había echado para quitarse las botas, cuando apareció otro oficial, despidiéndonos de allí. Dijo que yo no tenía por qué estar en esa oficina, que mi sitio era la comisaría. Hacia allí nos dirigimos.

Don Pedro y don Luis iban rendidos y de mal talante. Yo era una carga para ellos, y me hubieran soltado muy a gusto; pero, como eso no sería posible, recalamos en la Comisaría.

Nos introdujeron en un despacho mal oliente, donde un tipo muy grosero apuntó mis características y tomó mis huellas dactilares. Luego llamó a dos sargentos, que se cuadraron ante la mesa del Jefe. Parecían dos gorilas. Saludaron y uno de ellos preguntó en tono «oficial»:

«—¿Una flagelación?»

Así se llama en España a la primera paliza que recibe un detenido en la Comisaría. Este procedimiento ilegal se emplea en casi todos los países de Europa. En Francia se llama *passer à tabac* y en Alemania *die erste Abreibung*.

Don Luis se acercó al Jefe hablándole al oído. Sólo pude coger: «inglés periodista». En vista de eso, fui dispensado de la «flagelación».

Me sentí aliviadísimo; los dos gorilas defraudados me condujeron a una especie de jaula hecha con barrotes de hierro. Unos minutos más tarde, don Luis y don Pedro, después de haber hecho sellar sus documentos, pasaron por allí. Les llamé, agradeciéndoles su amabilidad durante el viaje. Se azoraron y me dieron la mano a través de la reja. Los gorilas abrieron tamaños ojos y mis amigos se marcharon.

No eran seres excepcionales: eran dos entre veinticinco millones de españoles bondadosos. Si antes de que hiciéramos migas en el viaje les hubieran dado la orden de fusilar-me, la hubieran cumplido fríamente; si hubieran sido mis compañeros de cárcel, habrían compartido conmigo hasta su último cigarro, y de ser mis compañeros de viaje los dos gorilas, también nos hubiéramos separado con la misma cordialidad.

Creo que, en general, tenemos cierta tendencia a sobreestimar las características individuales. La sociedad le ofrece al individuo muy pocas oportunidades para realizar sus primitivas inclinaciones. No importa lo que un hombre es, sino la función que el sistema social le obliga a cumplir.

Estas reflexiones son triviales; pero su aplicación a la guerra civil produce resultados un tanto paradójicos y explica, en cierto modo, la popularidad del anarquismo en España. Para el anarquista el problema humano es tan sencillo como cascar nueces: se rompe la dura cáscara y se saborea el delicioso fruto. Es una agradable teoría; pero me gustaría saber si los árboles han de acabar dando nueces sin cáscara.

Cuando se está encerrado en una jaula de hierro vigilada por dos gorilas y dispuesto a pensar en todo, menos en el propio porvenir, se interesa uno más que nunca por el de la humanidad. La mayor alegría que se puede proporcionar a un condenado camino de la silla eléctrica es, sin duda, el de anunciarle la proximidad de un cometa que destruirá el mundo al día siguiente...

A las tres de la mañana. Llegó un coche, que nos trasladó, a mí y a los dos gorilas, a través de la ciudad en sueños, por el puente del Guadalquivir y las avenidas desiertas, a la distante cárcel de Sevilla.

## IV

La aparición de la cárcel surgiendo entre las sombras, me alivió tanto como la vista de las esposas, quince horas antes. Ahora ya sabía que sólo se pega y maltrata a los prisioneros en las comisarías, en los locales de Falange y en los cuarteles, pero nunca en la cárcel. Para salir de ésta, sólo hay dos caminos: la libertad o el pelotón. «Mientras se está en la cárcel, no hay peligro.»

Contemplé el pesado edificio con afectuosa gratitud. Cuando la locura incipiente amenaza a una civilización podrida, ésta presenta

extraños síntomas; por ejemplo: el que los muros de una cárcel no sirven ya para proteger a la sociedad contra el prisionero, sino al prisionero contra la sociedad.

La cárcel de Sevilla fué edificada en los primeros años de la revolución española, en 1931 o 1932. La joven y ambiciosa República quería emular, e incluso superar, en todo al civilizado Occidente. Entre sus mejores realizaciones, deben contarse las reformas del Régimen penal, que estaba entonces en España a la altura del medioevo. Las cárceles modelos de Madrid, Barcelona y Sevilla son, en efecto, las mejores y más modernas de Europa.

Atravesamos el magnífico jardín fronterizo; llamamos—también aquí había un timbre nocturno—, y la verja se abrió.

Nacían del vestíbulo tres largos corredores: uno, en el centro; los otros dos, a derecha e izquierda. Flanqueaban estos pasillos monótonas hileras de celdas; dos en cada lado. Las del primer piso se abrían sobre las estrechas galerías metálicas, a las que se llegaba por unas escaleras, también de metal. Cada puerta tenía un número, una placa con un nombre y una mirilla. Todo era de acero y cemento; todo estaba *standarizado*, mecanizado. Contemplando ese edificio de acero, podía uno imaginarse en el cuarto de máquinas de un buque de guerra.

En medio del vestíbulo, frente a la entrada, había un recinto encristalado: el despacho. Por tercera vez se cumplió el requisito de tomar mis huellas dactilares y apuntar mis señas características. Los modales del oficial le hacían a uno creer que no estaba en la cárcel, sino en una oficina de contribuciones, entre un grupo de empleados aburridos y corteses.

Los gorilas se fueron. Un joven carcelero, cordial y taciturno, se hizo cargo de mí, guiándome hacia el pasillo central. La primera celda que cruzamos a la derecha—el número 44—llevaba este nombre: «Caballero». Largo Caballero era, a la sazón, presidente del Consejo de Ministros, en Valencia. Sabía que los rebeldes tenían como rehén a su hijo. Antes de mi salida de Londres, los periódicos anunciaron su ejecución. La noticia era falsa, puesto que en la celda 44 vi la tarjeta de «Largo Caballero», hijo. Esto me alegró tanto, que sentí la necesidad de llamar a la puerta gritando:

«—¿Es usted el doctor Livingstone?»

Pasamos de largo las celdas 43 y 42; tenían nombres españoles. En la 41 nos detuvimos y el carcelero abrió la puerta: ésa era, pues, mi nueva residencia.

La habitación, cuadrada, tenía buen tamaño. Lo primero que me saltó a la vista, fué la amplia ventana frente a la puerta: formaba una especie de entrante en la pared y empezaba a la altura de la cabeza, así que, apoyando los codos en la repisa, podía uno asomarse cómodamente. Daba a un gran patio polvoriento. Protegía la ventana, una sólida reja de hierro, cubierta en la parte exterior por una red de alambre parecida a un mosquitero.

Contra la pared de la derecha, había una cama de hierro plegable, que se podía arrinconar contra el muro, dejando así más espacio libre para moverse; enfrente, estaba la mesa metálica, con su silla correspondiente, también plegables. Al pie de la cama, un gran lavabo de agua corriente y al lado opuesto, el wáter.

El carcelero palpó el jergón de paja, en el que una etiqueta de tela indicaba la fecha en que se mudó la paja y se lavó el colchón. Luego trajo una buena manta de lana, y dijo que me pondría un jergón y una manta, limpios, al día siguiente. Después me dió las buenas noches y cerró la puerta desde fuera.

Viniendo de Málaga, esto me pareció un *palace*.

Me asomé a la ventana. Hacía una noche clarísima, llena de estrellas. El patio estaba silencioso y tranquilo. Frente a mí, junto a un muro extremo del patio, un centinela, con la bayoneta calada, hacía guardia, fumando un pitillo. Con un pequeño esfuerzo de imaginación, podíamos figurarnos que no se paseaba arriba y abajo para vigilarnos, sino para protegernos.

Eran las dos y media. Me eché sobre el colchón de paja, gozando el lujo de poseer una manta, y me dormí apaciblemente.

Me despertó el sonido de un cuerno de caza. Eran las siete menos cuarto de la mañana. Supuse que era la señal de levantarse, pero me hice el sordo y seguí durmiendo. Volví a despertarme a las nueve. Por la ventana entraban gritos y ruido de pasos. Me asomé. El patio estaba lleno de prisioneros enfrascados—con auténtico ahínco español—en una partida de fútbol, unos jugando y otros como espectadores.

Había en el patio de trescientos a cuatrocientos hombres. No llevaban uniforme alguno y se movían libremente en un amplio cuadrángulo de unos cien por sesenta metros. Hasta más tarde, no descubriré entre ellos a un carcelero uniformado, que, con su revólver al cinto y una porra de goma en la mano, los vigilaba, patrullando de un lado a otro, cruzando con ellos algunas palabras e incluso charlando con algunos, mientras paseaban. Todos los prisioneros vestían de paisano y, sin embargo, daban una impresión de uniformidad, pues casi todos eran jóvenes campesinos andaluces con la misma indumentaria: camisa y americana de un azul verdoso descolorido. También los igualaban sus barbas crecidas, sus cabezas al aire y sus rostros bronceados. Los jugadores de fútbol cruzaban el patio tras una pelota de trapo, atada con cordeles. Otro grupo jugaba a *pidola*, junto a la pared opuesta. Cuando alguno de los jugadores caía de bruces, arrastrando consigo al compañero que saltaba, todos reían estentóreamente. También el carcelero participaba en la juerga. Los más viejos y pacíficos tiraban al blanco con piedrecitas; otros leían a la sombra.

Toda esta actividad se desarrollaba fuera de mi ventana, que se abría al nivel del suelo. Tras la sangrienta pesadilla de Málaga, aquello me parecía un sueño. Había estado cinco días agazapado en aquella celda, que olía a sangre y excrementos, sin ver más ser humano que el carcelero, ni oír otro sonido humano que la voz aceitosa del invisible heraldo de la muerte. El alboroto del patio, el campo de escena, la plenitud de destinos y rostros humanos que se ofrecían a mi vista, me deslumbraban e intoxicaban un poco.

Apoyé los codos en el entrante de la ventana e hice señas llamando a los del patio. Al principio, no me preocupó el que no me oyeran o no quisieran oírme. Ni tampoco observé entonces que nadie pasaba directamente bajo mi ventana y que había un espacio vacío a lo largo del muro de la cárcel.

Hubo un ruido en la cerradura de mi puerta. Me aparté de la ventana para ver quién era. Por primera vez desde mi detención, veía abrirse la puerta de mi celda sin que el miedo me paralizara. Era el carcelero de la noche anterior. Inspeccionó la celda y empezó a insultarme, porque no me había levantado al oír el cuerno y no había lavado las baldosas.

Gritó tanto, que las paredes se estremecían; pero no tenía la menor importancia. Me insultó como un sargento insulta a un recluta, e involuntariamente le contesté como un recluta novato, que aun no conoce la rutina del cuartel. Se calmó enseguida y me dijo que debía barrer, primero, las losas con una escoba y, luego, fregarlas con el cubo y la bayeta.

Cogí la escoba y empecé a barrer con tal aire de distinguida incompetencia, que el carcelero se cansó muy pronto, y llamó al ordenanza para que me enseñara a hacerlo.

Abrió la puerta gritando:

—¡Angel, Angelito!

La «criatura angélica», así invocada, acudió precipitadamente y se puso a barrer con una agilidad simiesca. Tenía una cara de vieja; su piel parecía un arrugado pergamino, y su estatura, la de un niño de doce años. No nos miró una sola vez a la cara, y mientras se arrastraba a cuatro patas por la celda, sus ojos oscilaban vertiginosamente de un lado a otro, como los de una víbora. En menos de dos minutos, la celda fué barrida, fregada y, en apariencia, sometida a una concienzuda limpieza. Era un *tour de force*. Pero al marcharse el «ángel» y el carcelero, vi que el enlosado seguía tan sucio como antes.

Poco después, llegó el desayuno: un tazón de hojalata, lleno de un café, verdaderamente

(Continuará)



# Los escritores ingleses se definen

En favor del Gobierno de la República

## Herbert Palmer:

«Creo que la lucha española es tanto entre el «mithraísmo» (resucitado) y la cristiandad socialista como entre el fascismo y el liberalismo. El «mithraísmo» se llama ahora fascismo; pero la diferencia entre ambos es pequeña. Por mucho que sospechemos de que existan elementos disolventes y anárquicos al lado del Gobierno español y del comunismo, es evidente que los que están con Franco no son ángeles.»

## Sylvia Pankhurst:

«Como es natural, estoy a vuestro lado en la lucha contra la guerra fascista de España. Es un ataque contra un pueblo, la mayoría del cual ha declarado repetidamente su odio a la dictadura, y su decisión de librarse del feudalismo y progresar hacia la organización de una sociedad más libre, más equitativa y más culta.

La guerra española es, de hecho, la guerra de dos potencias contra España, ayudadas por los reaccionarios de la propia España. La guerra española forma parte de la lucha internacional entre fascismo y democracia.

El autor y el periodista son los primeros que tienen que elegir entre fascismo y antifascismo. Sobre ellos recae la mayor responsabilidad. Pueden defender la conciencia y el espíritu público contra la propaganda de esta baja reacción, o favorecer la traición de aquella al pueblo.»

## Harry Pollit:

«Soy partidario del Gobierno legal y del pueblo de la República española, y considero a este Gobierno como el mejor defensor de los intereses del pueblo español y de sus derechos democráticos, para llevar a cabo su programa de progreso social.

Soy contrario a Franco y al fascismo, porque representan el credo brutal, que sólo existe basado en el terror y en la violencia.»

## Raymond Postgate:

«Estoy absolutamente en contra de Franco y en favor de los trabajadores españoles; pero no por las razones señaladas en su manifiesto, tales como los horrores de Durango, Guernica, Madrid o Bilbao. La guerra significa todas estas atrocidades, y sea quien fuere el que inicie el conflicto, pronto se cometen en ambos lados. Los juicios emitidos bajo la influencia de tales hechos, son decisiones inestables, fruto de la emoción. Yo deseo que los partidarios del Gobierno español que confían en ellas, ahonden un poco en su espíritu para hallar una base más firme de opinión.

La lucha entre Franco y los trabajadores españoles es una lucha entre el capitalismo y los propietarios clericales y feudales, y los trabajadores explotados. Es la lucha de clases entre el rico y el pobre, el explotador y el explotado, que, con seguridad, a estas horas ha sido suficientemente explicada a todo el mundo. Por esta razón, aunque todas las atrocidades fueran refutadas, yo seguiría estando al lado del socialismo.»

## Llewelyn Powyo:

«Estoy, de manera inequívoca, con el Gobierno legal español, y

en contra del fascismo o de cualquiera otra forma de gobierno que trate por medios coercitivos de imponer su voluntad arbitraria a su propio pueblo o a otros.»

## D. N. Pritt, consejero de la Corona, diputado:

«La lucha española es una guerra internacional, la lucha de las fuerzas del progreso contra las de la reacción, y en esta lucha nadie puede ser neutral. Todo el que conceda algún valor a la libertad y a la paz, debe hacer bien patente al mundo de qué lado están sus simpatías. Soy contrario a Franco y a las fuerzas del obscurantismo fascista que representa; soy partidario del pueblo español y de su Gobierno legal.»

## Herbert Read:

«En España, y casi únicamente en España, hay todavía espíritu para resistir a la tiranía burocrática del Estado y a la intolerancia intelectual de todos los demagogos. Por esta razón, todos los poetas deben seguir el curso de esta lucha con partidismo manifiesto y apasionado.»

## Edgell Rickword:

«El fascismo ha dejado al descubierto en España su rostro represivo, como si quisiera convencer a los indecisos de que es, en realidad, una fuerza de destrucción y de degradación humana. La ayuda al pueblo español y su Gobierno republicano legal significa el triunfo de la vida sobre la muerte, significa la destrucción del «gangster», del matón y del hipócrita, y el nacimiento de un mundo libre y feliz. Como el fascismo es la fuerza del pasado que se esfuerza por ahogar el futuro, jamás lucha alguna necesitó tanto valor y tanta decisión.»

## J. W. Robertson Scott, juez, director de «The Countryman»:

«Desde el comienzo, mis simpatías han sido siempre para el Gobierno de España, en la sin igual agresión realizada por Italia y Alemania desde Africa. Hace veinte años, nadie hubiera creído que Inglaterra y Francia tolerarían cosa semejante. Con gran placer me adhiero a ustedes.»

## Paul Rotha:

«Acuso a Franco y a otros dictadores fascistas como enemigos de la civilización moderna, de su cultura y de su solidaridad. Acuso a todos los Gobiernos amigos de la causa fascista como asesinos del sentido común y de la dignidad. Hago público mi desprecio hacia todos aquellos que permanecen indiferentes en estos momentos, en que los requisitos fundamentales de la existencia humana están siendo sacrificados por la ganancia, en nombre del miedo.

Milicias de Bilbao, Columna Internacional de Madrid, metalúrgicos de Chicago, mineros de Harworth, trabajadores de Alemania, Italia y Unión Soviética: os saludo a todos por vuestro valor. ¡Triunfaremos!»

## Edward Sackville West:

«Como escritor de ideas liberales, estoy dispuesto a proclamar mi aversión a Franco—que se complace en asolar a España, en

su intento de derribar al Gobierno legal—y al fascismo en general, por ser retrógrado y, por tanto, enemigo de los mejores intereses de la civilización.»

## David Scott:

«Acabo de dimitir el cargo de corresponsal de «The Times», en París, para dedicarme con más eficacia a la lucha contra el fascismo. Sean cuales fueren los errores de los republicanos españoles, estoy con ellos de todo corazón, como deben estarlo todos los que sienten la causa del progreso de la humanidad, en su lucha para librar a sus compatriotas de la tiranía y de la superstición. El fascismo significa el retorno a la Edad Media. Hay que combatirlo a toda costa, si nuestra civilización ha de sobrevivir.»

## “Estoy con el Gobierno legítimo de España”, declara el embajador del Brasil en la República Española y decano del Cuerpo diplomático acreditado en nuestro país, D. Alcibiades Pessanha

A las cuatro de la tarde, en el hotel donde se hospeda. Unos minutos de antesala. Ambiente normal en absoluto. Mejor aún. Tranquilidad de sanatorio. Nadie diría que es la guerra la que se vive. Algunos montones de cristales sobre el bordillo de la acera; escombros diseminados; telares en lo que fueron edificios. Desde aquí se ven los efectos de los bombardeos fascistas, en un sector no pequeño. Pero en todo hay un silencio impenetrable. Quizá el silencio de las grandes resoluciones.

«¡No pasarán!»  
Hasta nosotros llega, ahora, don Alcibiades Pessanha, embajador permanente del Brasil, a quien esperamos.

El señor Pessanha presenta aún los vendajes de sus heridas de las manos. Nos habla de las innúmeras erosiones que presenta en todo su cuerpo.

—Un caso de fortuna—nos dice.

—¿Será tan amable el señor Embajador que nos cuente algo del bombardeo?

Don Alcibiades se reconcentra. Nos mira de hito en hito. Habla. Un restorán céntrico a la hora del almuerzo. Un desgajamiento proveniente de la rotura de todos los elementos. La explosión horrible... Cuando se reanimó, encontré sepultado entre cascotes, puertas, maderas, cristales... Sangraba. Se rehizo como pudo. Y sobrevino lo casual. El soplo de suerte. Una pequeña hendidura por la que, a rastras, logró salir. Luego... las molestias de las heridas y el horror contra los bombardeos.

—He renacido en Barcelona—dice el Embajador—. Yo siempre me he encontrado unido a España por lazos muy poderosos. Fui nombrado ciudadano honorario de Sevilla. Hoy lo soy de Barcelona con la emoción y la fuerza de mi propio tributo de sangre... Soy, en efecto, un español más.

—Díganos, señor Embajador, además de su caso personal, ¿qué efecto le han producido los bombardeos sobre poblaciones abiertas?...

Ha sonreído el Embajador. Súbitamente se torna serio, pálido.

—Los bombardeos sobre ciudades de la retaguardia, han de examinarse a la luz del Derecho, que interesa, por igual, a todos los países...

—Horrible, ¿verdad?—le preguntamos.

—Horrible, en efecto. Ambos nos hemos mirado. Los

## Siguen las detenciones de patriotas austriacos

París, 22.—Se reciben nuevas informaciones sobre las personalidades austriacas que se hallan detenidas «preventivamente» por los alemanes. Entre estas personalidades figuran el coronel Adam, el doctor Ludwig, el barón Von Wiesner y el barón Von Werckmann, jefes legitimistas; el barón Luis von Rotschild, el doctor Schmitz y el señor Seitz, ex alcaldes de Viena; el doctor Weisser, ex jefe de Seguridad y el ex ministro de Hacienda, doctor Draxler.

Por otra parte, los elementos autorizados desmienten los rumores según los cuales el ex canciller Schuschnigg había sido trasladado al campo de concentración de Dachau (Baviera).—*Fabra.*

París, 22.—Informaciones de fuente alemana confirman que el ex ministro de Austria en París se halla detenido en Viena. Según estas informaciones, las «detenciones preventivas» ascienden, hasta el momento, a 1.742.

Por otra parte, se afirma que el príncipe Stahremberg, el profesor Von Hildebrands y el padre Muckermann, conocido predicador socialcristiano, han podido refugiarse en el extranjero.

Además, se confirma el suicidio del ex ministro austriaco señor Neustadter Sturmer.—*Fabra.*

## Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

diablillos irónicos se llevan, sin advertirlo, trozos de palabras que no se pronuncian siempre.

—«¡Horrible!»

Una pequeña pausa, casi imperceptible.

—¿Cómo ha reaccionado el Brasil ante estos bombardeos? ¿Se ha interesado por su estado de salud el Presidente Vargas?...

—Todos se han preocupado por mí. He recibido muchos telegramas. De la España leal las pruebas de afecto son copiosas.

—¿Ejerce su cargo de Embajador?

—Hasta el 23 de diciembre, sí. A partir de esa fecha fui jubilado por edad. Mi posición de siempre es la republicana. Mi pasaporte social, que muestro con orgullo, son estos callos que tengo en las manos... Siempre alterné mis trabajos de cancillería con el del taller... Cuando los días duros de Madrid, viví la vida del proletariado, la del miliciano. Comí sus mismos garbanzos... Cuando se piensa en la lucha interna de España, cuando se vive, se adquiere una experiencia enorme...

—Esperanzadora, ¿verdad?

—Las ideas políticas son siempre transformables. Pero en algún sitio ha de radicar la verdad relativa...

—Una vez que está jubilado, ¿piensa permanecer en España?

—En efecto. Ahora más que nunca. Tengo mucha labor por hacer. A través de mi larga carrera diplomática, de haber estado acreditado en Rusia, en el Quirinal, en España por tres veces, es este país el que me atrae con más fuerza... En Madrid tengo mis colecciones de arte, mis libros, bajo la custodia del Gobierno; buceo en la Historia. No pierdo de vista al pueblo gallego, que acaso un día, tenga gran resonancia en la historia de mi país...

Soy muy conocido en Europa y no quiero que se tergiversen mis palabras. Estoy con el Gobierno legítimo de España. No en balde soy hermano del Presidente más popular del Brasil: Lino Pessanha.

Aquí en España, soy decano del Cuerpo diplomático. Mi cargo no es el de ex embajador. No es jactancia. Es un modo de organización diplomática de mi país. Soy embajador efectivo y, por tanto, permanente. Los «ex»—en esa organización—son los que ejercen cargos de índole política como plenipotenciarios.

Don Alcibiades Pessanha calla.

—Pero mi vida—amplía—se dedica ya al recuerdo. Mi curación será

rápida. Confío en que no se producirán más bombardeos como los anteriores. Eso no puede justificarse a pretexto de ideales de ninguna clase. Es la crudeza de la guerra la misma que ha de horrorizarse de su obra destructora...

Toda la conversación se ha desenvuelto en un tono semejante.

Nos despedimos. Don Alcibiades se yergue, con su ancianidad venerable, para decirnos las palabras de ritual.

Parece que algo se le olvida.

—«Ah! Lo espero a usted en Madrid... Allí volveremos a vernos ¿verdad?»

Y el Madrid, heroico y acogedor, ha llenado nuestra despedida como un presagio. ¡Embajador, en Madrid volveremos a vernos!

## DICTADURAS DE BRONCE

(Continuación)

dan por tratar: criminalidad, alcoholismo, suicidio, emigración, etc. El cáncer que corroía a España era multiforme, y tenía raíces de longitud y profundidad insospechadas.

Pero si analizamos lo escrito, veremos que el pueblo español estaba sometido, casi en su totalidad, a una minoría familiar. El plan de los hombres de bronce puede resumirse en pocas palabras: incultura y miseria permanente.

## PILOGO

Acabamos de indicar someramente lo que era la España imperial.

Sobre los orígenes de la lucha actual, existe una confusión caótica en el extranjero. La España de Salamanca presentó a la España republicana en un estado social lamentable; pero si consideramos la índole de semejante lucha, veremos que ha sido impuesta a los españoles por quienes seguían el consejo del gran Catón. En definitiva, que la contienda de hoy no es otra cosa que la guerra entre amos y esclavos. De aquí su encarnizamiento, el afán destructor y sus crímenes repugnantes.

Convenía al capitalismo que España fuese la primera nación que tomase parte en tal batalla decisiva, y así lo ha hecho. Sin embargo, el capitalismo se equivocó al creer que España era una colonia africana.